

cuando empezó la Revolución que debía fundar la libertad en Francia; con ella cambió el destino de mi vida, que dediqué á las armas. No pedí puesto entre los soldados de la libertad por ambición; abracé la carrera militar por respeto á los derechos del pueblo. Fui guerrero, porque era ciudadano. Llevé este carácter á la milicia, y siempre lo he conservado. Tanto más me sometí á la disciplina cuanto más amaba la libertad. Avancé bastante rápidamente, pero de grado en grado, sin saltar ninguno, conquistándolos todos sirviendo á mi patria, no adulando á los comités. Cuando obtuve el mando en jefe y la victoria coronó nuestros esfuerzos, no tuve menos empeño en conseguir que respetaran el carácter del pueblo francés que en hacerles temible la fuerza de sus armas. La guerra, bajo mis órdenes, no fué un azote sino en los campos de batalla; más de una vez las naciones y las potencias enemigas así lo han reconocido, y siempre creí que esta conducta era tan favorable como nuestros triunfos para aumentar las conquistas de Francia.» Vindicóse en seguida de no haber denunciado á Pichegru, y recordó que había rehusado el poder que Sieyes le brindara antes del diez y ocho de Brumario; sostuvo su derecho á juzgar las operaciones del gobierno, no conceptuando fuese esto un crimen en un país que tantas veces decretara la libertad de la prensa y que gozó de ella bajo los mismos reyes, y concluyó: «Si hubiese querido armar conspiraciones, habría disimulado mis sentimientos y solicitado todos los empleos capaces de poner en mis manos las fuerzas de la nación. Para trazarme esta conducta, á falta de genio político, de que carezco, tenía ejemplos harto conocidos y á que el éxito ha dado extraordinario relieve. Sabía muy bien que Monck no se alejó del ejército cuando quiso conspirar, y que Casio y Bruto se aproximaron á la persona de César para herirle en el corazón.» Este lenguaje sencillo y al par elevado produjo inmensa emoción en el público, que varias veces interrumpió con sus aplausos al acusado. A fin de obtener la condena de éste, se había acudido á expedientes indignos, como suprimir el jurado, desechar las recusaciones propuestas por los defensores del general, hacer que entre los jueces hubiese algunos de la mayor confianza, á pesar de lo cual, cuando el tribunal se encerró para deliberar, después de acaloradas discusiones, de los doce jueces que componían aquél siete se decidieron por la absolución; pero el presidente se negó á cerrar el debate, que se prolongó aún muchas horas, las cuales aprovecharon los enemigos de Moreau para influir en el tribunal, consiguiendo al cabo que se dictara una sentencia, por nueve votos contra tres, en que se declaraba culpable al acusado, mas asegurándole el beneficio de circunstancias atenuantes. Se impuso, de consiguiente, la pena de dos años de prisión al ilustre caudillo, acreedor por tantos títulos eminentes al reconocimiento de su patria. Napoleón encendióse en furor al tener noticia de la sentencia, probablemente, como indican sus panegiristas, porque le privaba de la satisfacción de ejercer el derecho de gracia, y conmutó la pena de prisión en la de destierro *perpetuo*, que no puede decirse si era una atenuante. A Cadoudal, los Polignac, el marqués de Rivière y á otros diez y

seis los condenaron á muerte; el resto fué absuelto. Napoleón indultó á los Polignac, al marqués de Rivière y á cinco más; á Jorje y los once restantes los ejecutaron el veintiséis de Junio.

Avido Napoleón de rodear su poder de las apariencias de la legitimidad á la usanza antigua, había hecho proponer al conde de Provenza, siendo aun primer Cónsul, una especie de abdicación en su favor, mediante una recompensa en metálico. Rechazada su oferta con desprecio, discurrió después que Pío VII le coronara y consagrara solemnemente, figurándose que, resucitando esta ceremonia de la Edad Media, iban las buenas gentes á creerle libre de la nota de usurpador con que los monárquicos humillaban y zaherían su amor propio, sin contar con que su extraño temperamento le impulsaba con fuerza irresistible á lo raro y maravilloso. En su consecuencia, antes todavía de haberse proclamado oficialmente el Imperio, comunicó su proyecto al cardenal Caprara, encargándole gestionara su aceptación por parte del Papa. Al conocerse en Roma los deseos del Emperador, se manifestaron las opiniones más opuestas en el seno del sacro Colegio. Para unos, era aquella demanda como una especie de satisfacción que la Providencia deparaba á la Iglesia, el reconocimiento de la supremacía pontifical sobre los poderes temporales, el desagravio de las pasadas afrentas, la esperanza, en fin, de recobrar las tres Legaciones y acaso Parma y Plasencia. Otros, sin embargo, aleccionados por la experiencia, combatían semejantes ilusiones y recordaban la mutilación de los Estados de la Iglesia en Tolentino, las proclamas de Bonaparte en Egipto, la expoliación de los príncipes eclesiásticos alemanes, y, por último, el reciente asesinato del duque de Enghien, cuya sangre manchaba la corona que se quería hacer santificar por el Pontífice. En cuanto á éste, después de quedarse perplejo y vacilar no poco, creyó que, yendo á Francia, podría conmover el corazón del nuevo Carlomagno y obtener de su gratitud la restitución de Bolonia, Ferrara y Rávena. No obstante, como el asunto era de tanta importancia para Roma, no quiso decidirse por sí sólo, y eligió veinte cardenales de los más sabios y celosos del Consistorio, invitándoles á que emitiesen en alma y conciencia su voto acerca de la demanda que se le había dirigido, haciéndolo bajo secreto de confesión y de Santo Oficio. La pregunta á que debían contestar estaba concebida en los siguientes sencillísimos términos: «¿Debe, puede Su Santidad ir á coronar y consagrar al Emperador de los franceses?» De los veinte votos, cinco fueron negativos; los otros quince optaron por la afirmativa, mas con tantas salvedades y distingos que Pío VII no pudo disimular el asombro que le producía la gran discrepancia manifestada en los pareceres. Acordó, pues, en principio acceder á lo solicitado, de conformidad con el voto de la mayoría; pero subordinando la realización del viaje á la aceptación por parte de Francia de ciertas condiciones *sine qua non*, que eran un resumen de las recomendadas por los cardenales, descartadas únicamente las susceptibles de lastimar demasiado el orgullo del gobierno imperial.

Apenas había salido de Roma el correo que llevaba la contestación del Papa, cuando el *Monitor* vino á alarmar la conciencia de Pío VII publicando la fórmula del juramento que había de prestar el Emperador en el acto de la consagración: la observancia de las leyes del Concordato y el respeto á la libertad de cultos eran puntos en ella comprendidos, y como seguramente en la frase «leyes del Concordato» entraban los artículos orgánicos de éste, causa constante de disgusto en Roma, y, de otro lado, la libertad de cultos era opuesta á las máximas de la Iglesia, de ahí los nuevos escrúpulos que asaltaron al Pontífice el cual recurrió segunda vez á su Consejo, donde ahora se invirtieron los términos, declarando cinco de los veinte cardenales que el contenido del juramento no debía ser obstáculo al viaje, y quince lo contrario. Sin embargo, el cardenal Fesh, tío materno de Napoleón, enviado á Roma como embajador para negociar el arduo asunto, logró desvanecer las dudas de Pío VII, que no alteró su resolución anterior, esperando la respuesta á sus proposiciones. Se había figurado Roma que, á cambio de su condescendencia, iba á poder recuperar el terreno perdido en los últimos tiempos; mas Napoleón se consideraba por encima de todos los poderes temporales y espirituales, y el cardenal Fesh recibió la orden de rechazar las pretensiones formuladas. La negativa de Francia desconcertó al gobierno apostólico, sin desalentarlo, y el Papa, fiado en ciertas vagas promesas que le hicieran, imaginóse que él sería más feliz que sus ministros cuando hablase con el Emperador. Aun sobrevinieron otros entorpecimientos, que se orillaron á fuerza de habilidad y de reservas mentales por una parte y otra.

No se ocultaba al Papa la gravedad de la determinación adoptada, y los sucesos siguientes confirmaron los recelos y temores de los pesimistas; no obstante, como dijo después el cardenal Consalvi, «yendo á París, daba á Napoleón una prueba tan grande de ternura paternal y de estima soberana, renunciaba Roma tan por entero á sus derechos y á sus usos, que no se dudó de que el Emperador sabría agradecer á la Santa Sede una complacencia tan marcada.»—«Nos engañamos, añade, en nuestras previsiones religiosas.» Como previsión de carácter religioso, hay que advertir que la corte pontificia acariciaba la esperanza de recobrar las Legaciones. Nada distaba más del ánimo del Emperador que el hacer esta restitución. Precisamente por entonces escribía á Melzi, diciéndole que estaba resuelto á establecer en Italia «un orden de cosas más conforme con el espíritu del siglo,» lo que, traducido al romance, significaba que quería someterla al mismo régimen despótico que pesaba sobre Francia, habiendo, en efecto, concebido la idea de convertirla en reino vasallo: para eso era Emperador, es decir, rey de reyes.

A los italianos instruidos les entusiasmó poco el cambio proyectado; pues si bien Napoleón agitaba ante sus ojos para cegarlos la bandera de la unidad de Italia, la formación de la *patria común*, veían que hasta entonces, como observara Melzi en su respuesta, sólo se había conocido en la Península la protección francesa en los gravámenes é impuestos

de ella resultantes. Por otro lado, la nueva usurpación que meditaba el incansable corso tenía que aumentar las quejas y alarmas de las potencias; pero Napoleón emperador, como Bonaparte primer Cónsul, cifraba, al parecer, su empeño en levantar tempestades, quizás sin otro pensamiento que proporcionarse el gusto de dominarlas, juego peligroso en que, después de hacer correr ríos de sangre, debía perder la corona y la libertad.

La situación de Europa era de cada vez menos tranquilizadora. Las demostraciones de Rusia al tener conocimiento de la ejecución del duque de Enghien y la nota de Oubril, ministro de aquella nación en París, entregara á Talleyrand, exasperaron á Bonaparte, que inmediatamente ordenó á su ministro de Negocios Extranjeros que invitase al general Hedouville, embajador de Francia en San Petersburgo, á abandonar esta capital, pretextando haber obtenido una licencia fundada en razones de salud, y tres días después, Talleyrand contestaba á Oubril con la nota que contenía aquellas célebres palabras: «La queja que Rusia eleva hoy lleva á preguntar, si cuando Inglaterra meditó el asesinato de Pablo I se hubiese sabido que los autores del complot estaban á una legua de la frontera, ¿habría faltado tiempo para apoderarse de ellos?» Al aludir de esta manera pérfida y sangrienta á la impunidad de que gozaban los asesinos de Pablo I, sacrificó el Emperador la conveniencia política á la satisfacción de su amor propio y dejó ulcerado el corazón del joven soberano, que había considerado como una desgracia su exaltación al solio y aprovechándose de la muerte de su padre sin ser cómplice de ella. Oubril replicó que, estando convencido de que la línea de conducta seguida por Francia era tan contraria á la justicia y al derecho de las naciones como incompatible con los sentimientos y principios del Emperador, su señor, daba su misión por terminada y cortaba con el gobierno de la República las relaciones oficiales. Rusia tuvo á poco otro motivo de descontento: había comunicado á la Dieta de Ratisbona su protesta contra la violación del territorio germánico en Ettenheim, pero Alemania intimidada no se atrevió á sostenerla. Austria no más la sostuvo débilmente, manifestando que se satisfaría con sólo que Napoleón declarase que había obrado por motivos secretos que le era imposible descubrir aún. Negóse Napoleón con altivez á aceptar esta componenda, y la Dieta, que temía ver entregado otra vez el país á los furiosos de la guerra, se contentó con el término medio que propuso el Elector de Badén, el cual declaró bastantes las explicaciones que había recibido. De este modo, quedó descartada definitivamente la nota rusa. El gobierno de San Petersburgo entonces, renunciando á practicar nuevas gestiones con la Dieta, cuya impotencia conocía, recapituló en otra nota, que Oubril entregó á Talleyrand el veintiuno de Julio, todos sus antiguos agravios contra Francia, pidiendo pronta satisfacción de ellos: pedía que se desalojara á Nápoles, que se pagase al rey de Cerdeña la indemnización tantas veces prometida y siempre aplazada, que se arreglaran definitivamente los asuntos italianos y que se contrajese el compromiso de evacuar el Norte de Alemania y de respetar la neutralidad

germánica. Talleyrand contestó como pudo, echando mano de argumentos más ó menos especiosos, y, como última razón, empleó la amenaza, que era el recurso diplomático supremo de Napoleón. «El Emperador, decía, no quiere la guerra; pero, con la ayuda de Dios y de sus ejércitos, no está en el caso de temer á nadie.» Oubril, por toda respuesta, reprodujo sus conclusiones y pidió sus pasaportes. Napoleón, en vista del sesgo que tomaba el asunto, trató de retroceder; mas ya era tarde. Aunque la guerra no estallara todavía, las relaciones con el imperio moscovita quedaron interrumpidas.

No faltó mucho para que Austria imitase á Rusia, y si se contuvo, fué debido únicamente á no estar bastante preparada para la guerra. Aunque había prometido reconocer á Napoleón como emperador de los franceses, retardaba en cumplir su ofrecimiento, y el irascible déspota, para vencer sus vacilaciones, no dudó en enseñarle, como al gobierno de San Petersburgo, la punta de la espada. Napoleón comprendía que estaba á punto de pactarse una nueva liga; tocaba los resultados de emplear con las potencias extranjeras formas tan ofensivas y perentorias, y, á pesar de ello, no dejaba de usarlas. Trataba á las naciones como si ya las tuviese bajo el tacón de su bota. El diez y ocho de Agosto escribía á Talleyrand, que «la casa de Austria estaba absolutamente imposibilitada de levantar el estandarte de la rebelión, sola y ni aun con Rusia.» No desdeñaba ningún medio de arrojar el descrédito sobre los demás países. Queriendo mortificar á Rusia y encizafarla, á ser posible, con Inglaterra, no temía apelar á ardides tan innobles como el que denuncian las siguientes líneas dirigidas á Fouché: «Las notas que me ha mandado usted acerca de la impotencia de Rusia, revelan sumo ingenio en su autor... Haga usted que se publiquen en cualquier diario diciendo que están traducidas de un periódico inglés; debe elegirse alguno cuyo nombre suene poco.»

También amontonaba nubes contra Francia el genio funesto de Napoleón por la parte de Prusia. Esta potencia, justamente alarmada desde la invasión de Hannover, había celebrado con Rusia, el veinticuatro de Mayo de mil ochocientos cuatro, un tratado secreto, de carácter meramente defensivo; pues ya sabemos que, en medio de todo, su mayor deseo era permanecer neutral y aun demostrar benevolencia á Francia, conducta con la que tan bien le fuera en los últimos arreglos del Imperio germánico. Animada de estas favorables disposiciones, se abstenía cuidadosamente de realizar cualquier acto que pudiera interpretarse como señal de malquerencia. Así, cuando el futuro Luis XVIII le envió su protesta contra Bonaparte, rehusó admitirla, y á la sazón se aprestaba á expulsar de Varsovia al pretendiente francés, para desvanecer las suspicacias de la policía napoleónica. Con que el ejército de Hannover no traspasase la cifra de treinta mil hombres y no se cometiera ninguna nueva violación en el territorio germánico, le bastaba ya para mostrarse, no sólo satisfecha, sino propicia; y como advertencia dirigida al gobierno de París acerca de la importancia que daba á estos extremos, el rey de Prusia acababa

de reemplazar á Haugwitz, partidario resuelto de la política de adhesión á Francia, con Hardemberg, que era, no enemigo de ella, pero sí independiente. Sin embargo, Napoleón consiguió en poco tiempo enajenarse del todo la voluntad de la corte de Berlín, aumentando el ejército de ocupación de Hannover con frívolos pretextos, á más de sembrar la desconfianza entre los Estados secundarios de Alemania respecto á las dos grandes monarquías del Imperio; y como si una influencia fatal le impulsara ciegamente á molestar á sus amigos lo mismo que sus enemigos, en Octubre de mil ochocientos cuatro ordenaba de pronto á una brigada de gendarmería que se apoderase de la persona del ministro inglés en Hamburgo, á quien meses atrás acusara, como á otros colegas suyos, en las cortes y ciudades germánicas, de abusar de sus inmunidades para urdir y fomentar conspiraciones contra la República. Este asunto, cuya importancia exagerara mucho, le había servido para promover un incidente diplomático bastante ruidoso, á que lord Hawkesbury puso término enviando á las potencias una circular perfectamente razonada. Pues bien, á los seis meses de publicarse dicha circular, y por vía de contestación á ella, determinó Napoleón violar segunda vez el territorio germánico prendiendo á Rumbold, que tal era el nombre del representante de que se trataba. Pero ahora, una nota muy enérgica y muy perentoria del gobierno prusiano le hizo reflexionar, y obligóle á retroceder. No pudo disimular Bonaparte su disgusto, porque hacía poco se jactara de poder hacer arrebatar al embajador inglés en Berlín, si así le convenía. «El rey de Prusia, dijo, me ha hecho pasar un mal cuarto de hora, pero ya me lo cobraré con usura.»

Inglaterra, que seguía, como se comprenderá fácilmente, con ojos de lince la marcha de la política europea, estaba dispuesta á sacar partido de las enemistades que Napoleón se creaba con sus intemperancias de lenguaje y sus constantes provocaciones. Los ingleses acusaban de débil al ministerio Addington, y Pitt hubo de hacerse intérprete de la ansiedad del país. Saliendo del retraimiento á que voluntariamente se había condenado desde hacía tres años, lanzó sobre el gobierno la nota de imprevisor, recriminóle por no haber reunido recursos proporcionados á la magnitud del peligro, le dejó casi en minoría, ayudado de Fox, en la Cámara de los Comunes, y, por último, aconsejó al rey que encomendara la dirección de los negocios públicos á los hombres de más talla de todos los partidos, como prenda de unión compacta en lo interior y medio de inspirar seguridad y confianza á las naciones extranjeras. Convencióse el rey de que era forzoso mudar de ministerio, y aunque repugnaba llamar otra vez á Pitt á sus consejos, como no había otro hombre capaz de hacer frente á las circunstancias y la opinión le designaba unánimemente para empuñar las riendas del poder, le encargó la formación de nuevo gabinete, exigiéndole, sin embargo, promesa formal de respetar en toda su pureza la ley del *Test* y oponiéndose á que entraran en la combinación Fox y lord Grenville. Lo primero no importaba á Pitt en los actuales momentos, en que lo esencial era salvar la honra de la